

LA
HORA SANTA.



GUADALAJARA.
IMPRESA Y LIBRERIA DE ANCIRA Y HNO.

1887.

Maria Martinez.

LA HORA SANTA.

No ha habido momento en que el Corazon de Jesus haya sufrido mas, que durante la hora de su agonía en el huerto de Getsemaní. Fué tan grande entonces su dolor, que para expresar su vehemencia, no dudó decir á sus discípulos: *Triste está mi alma hasta la muerte*, como si dijera: Es tal la tristeza de que me veo penetrado, que ella sola fuera bastante para quitarme la vida. Hay muchas personas que, en memoria de esta cruel agonía, pasan en oración, todos los juéves del año, desde las once hasta las doce de la noche, queriendo así tomar parte en las penas y angustias del Salvador y aplacar la ira de Dios tantas veces provocada por nuestros pecados. Las que la hacen á dicha hora, entran mas perfectamente en las intenciones manifestadas por Nuestro Señor á la B. Margarita María; mas, las que para ello tuvieren algun impedimento, pueden ganar las indulgencias concedidas á este ejercicio, haciéndola después de ponerse el sol.

Modelo de la Hora Santa.

Seguid á Jesucristo en espíritu al huerto de los Olivos, imaginándoos que por un favor especial os ha escogido para haceros testigos de los dolores de su Corazon, y asociaros á su ferviente oracion.

Ya que os dignais, Jesus mio, llamarme á ser testigo de vuestra agonía, me apresuro gustosa á segueros. Me mandais, Señor, que vele y ore con Vos durante esta hora, y yo lo deseo con todas las veras de mi corazon; pero ¡ay! Vos conoceis mi flaqueza. Sostenedme, porque sin Vos sería mas tibia que vuestros Apóstoles. ¡Oh alma mia! no perdamos un instante de una hora tan preciosa.

Entrad en las disposiciones del Corazon de Jesus, y adorad con El á su Padre celestial.

¡Dios Eterno é infinitamente santo! aquí vengo con vuestro divino Hijo, y con El me pongo ante vuestra suprema Majestad, anonadándome en presencia de vuestra grandeza infinita. Os ofrezco su agonía y los dolores de su Corazon, en desagravio de vuestra justicia, y en satisfaccion de mis pecados y de los de todos los hombres. A fin de que os sea agradable mi oracion, la uno á la que El hizo en el huerto de los Olivos.

Consideracion.

Sobre los dolores del Corazon de Jesus durante su agonía.

Para formarse una idea del dolor que padeció Jesucristo en el huerto de los Olivos, sería preciso comprender la grandeza de su amor. Ama á su Padre con amor infinito, y al mismo tiempo le ve infinitamente ultrajado de los hombres; ama excesivamente á los hombres, y los ve cu-

biertos de los crímenes mas horrendos, y destinados á los suplicios eternos. ¡Qué espectáculo para el mas sensible de los corazones! Y ¿qué es lo que entónces le sugiere su amor? ¡Ah! reparar el ultraje hecho á su Padre, librar á los hombres de los castigos que merecen, y ponerse en lugar de ellos para llevar El mismo todo el rigor de los suplicios que tienen merecidos.

¡Padre mio! dice, todos los hombres juntos no son capaces de satisfacer á vuestra justicia; indignas son de Vos las víctimas que pudieran ofreceros; vedme, pues aquí en su lugar; ciertamente que no desechareis á esta víctima. Herid, Dios todopoderoso, y vuestra justicia ultrajada será vengada, y el pecado del hombre quedará expiado:

El Padre acepta la ofrenda del Hijo, carga sobre El todas las iniquidades de los hombres, y desde entonces ya no le mira como el objeto de sus complacencias, sino como una víctima cargada de todas nuestras iniquidades.

Al punto se siente Jesus como revestido de todos los pecados del mundo. ¡Oh! qué peso tan espantoso, qué cáliz tan amargo para el Santo de los santos. ¿Lo beberá? ¡Ay! apenas lo acerca a sus lábios, un vivo dolor se apodera de su alma, y cae en una profunda tristeza; encuéntrase hecho presa de un gran pavor, oprimido de angustias y falto de fuerzas. ¡Padre mio, exclama entónces, si es posible, haced que este cáliz se aleje de mí! Sin embargo Jesus se somete, su dolor se exacerba, y quiere hacer participantes de él á sus tres discípulos. *Triste está mi alma*, les dice, *hasta la muerte, velad, pues, y orad conmigo*. Mas ellos sumergidos en

el sueño, ni siquiera le oyen. Retírase, pues, Jesús; vuelve á comenzar su oracion, y se encuentra en la misma desolacion; va de nuevo á sus discípulos, y experimenta el mismo abandono; recurre otra vez á su Padre, y halla en El la misma inflexibilidad. ¡Ah! el Padre quiere absolutamente que beba el cáliz, y entonces es cuando lleno de generosidad se entrega á toda la amargura de su dolor. Su amor se une á la severidad de su Padre para castigar los pecados de que se ha cargado, y quiere padecer en su Corazon dolores mil veces mas sensibles que los que le preparan sus verdugos. A este fin, permite á su espíritu representarle, con una perfecta fidelidad, todas las causas y circunstancias de su Pasion y de su muerte. ¡Oh! qué horrores se ofrecen entonces á sus ojos! á todas las potestades del infierno ve desencadenadas contra El, todos los rayos de la divina justicia á punto de caer sobre su cabeza, á todos los pecadores del mundo armados contra su sagrada persona, y todos los crímenes, todas las iniquidades del universo asediando á su alma santísima. Se ve vendido por uno de sus Apóstoles, negado por otro, abandonado de todos, y oye las injurias y blasfemias que se van á proferir contra El. Cuenta ya las bofetadas y los golpes con que van á maltratar su cuerpo adorable; y contempla las cadenas, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz que le preparan. Ve igualmente (y hé aquí lo que sobre todo desgarrá á su Corazon), ve que su muerte ha de ser inútil para la mayor parte de los hombres, que su sangre ha de ser despreciada, sus santos misterios ultrajados, sus divinos sacramentos

profanados, su Iglesia despedazada por los cismas y herejías, afligida y deshonrada por los escándalos de sus hijos. A mí tambien me vió entónces entre sus verdugos, y contó mis prevaricaciones y pecados. ¡Ay! ¡cuánta amargura debió añadir esta vista á sus dolores! En fin, ve á casi todos los hombres despreciar su amor, rechazar el beneficio de su Redencion, y correr á su perdicion, y, exhalando un profundo suspiro, exclama: ¡Es decir que en vano me estoy sacrificando y que aquella Majestad divina que yo desagravio y honro con mis humillaciones, ha de ser de nuevo injuriada; que ha de volver á reinar el pecado que yo expío con tantas lágrimas; y que aun han de perecer esos hombres por cuya Redencion voy á dar toda mi sangre! ¡Ah! si mis lágrimas no apagan el fuego del infierno, lo harán mas ardiente; si mi sangre no purifica á los hombres, pedirá venganza, y redoblará contra ellos la ira de mi Padre.

Abísmase Jesus en esta idea desconsoladora é inmóvil en postura humilde, va exhalando suspiros amargos. Tan pronto corren lágrimas por sus divinas mejillas, como cesan de correr, pareciendo que el dolor ha secado su manantial. Ya no se oyen sino algunas palabras entrecortadas de una voz débil y apagada. *Padre mio! ¡Padre mio! ¡ah! compadeceos del estado en que se encuentra vuestro Hijo, alejad de mí este cáliz.*

Mas, ¡divino Jesus! si no bebeis el cáliz de la cólera del Padre ¡ay! será preciso que nosotros lo bebamos; ¿cómo podrémos soportar su amargura? tendrémos, pues, que perecer....

Pero no, Jesus nos ama demasiado para de-

jarnos expuestos á los golpes de la divina justicia; su Corazon es demasiado sumiso para combatir por mas tiempo contra la voluntad de su Padre; y su amor triunfará de las repugnancias de la naturaleza. Un Dios ultrajado, hombres condenados á perecer.... ¿qué mas se necesita para hacerle aceptar el cáliz que le presenta la divina justicia? Así es que luego se le oye decir: *¡Padre mio! vengaos, pues, en vuestro Hijo, castigad en El los pecados de los hombres, vuestra voluntad se cumpla y no la mia.*

Ahora, ¿quién puede comprender el aumento que recibieron sus padecimientos con su obediencia y amor? ¡Ay! quedan cerrados sus ojos, la palidez de la muerte cubre su rostro divino, su alma anda errante en sus labios, y acaba por caer en agonía; pero ¡qué agonía tan dolorosa! Su sangre amontonada hácia el Corazon va á quitarle la vida; mas su amor se la conserva para mas padecer y consumir su sacrificio en el ara de la cruz. Rechazada, pues, con violencia, la sangre se abre paso; y aparece bañado su rostro humedeciendo sus manos, sus piés y todo su cuerpo, y regando hasta la misma tierra; y en este estado de postracion y de sufrimiento redobla Jesus su fervor y prolonga su oracion.

Desahogos del corazon.

¿Es realmente mi Dios á quien estoy viendo en ese abismo de humillaciones, extenuado, abandonado, agonizando y nadando en su propia sangre?

¡Oh! sí, Jesus, sois Vos, mi Señor y mi Dios: cuanto más os veo sufrir, cuanto más abismado

os contemplo en el dolor, tanto mas viva se hace mi fé. Solo un Dios es capaz de concebir tanto dolor del pecado. Os adoro, pues Jesus mio, con el mas profundo respeto.

Pero ¿de dónde procede, por qué tanta santa sangre? ¡Ah! miserable pecadora, ¿aun me atrevo á preguntarlo? ¿puedo desconocer que soy yo, que son mis pecados los que la han derramado? Mas tambien, Salvador mio, es debida al exceso de amor que teneis á los pecadores. Sí, el amor os abre todos los poros, para hacerlos derramar por ellos lágrimas de sangre; y con estas lágrimas dolorosas llorais los pecados del mundo entero y en particular los míos.

¡Oh pecado! ¿cómo te he podido cometer? ¿no debiera morir de pesar de haberte amado tanto? ¡Corazon mio! ¿cómo no te partes de dolor en este momento? ¡Qué! tu Dios llora tus iniquidades con lágrimas de sangre y tú permaneces insensible.

¡Jesus! hacedme participante, os lo suplico encarecidamente, de ese dolor infinito que concebisteis de mis pecados; haced caer de vuestro divino Corazon en el mio una gota de aquel torrente de amargura, en que le teneis inundado; y si no soy bastante dichosa para borrar mis pecados por la efusion de mi sangre, siéntame á lo menos bastante afligida para lavarlos sin cesar con mis lágrimas. Derramad, ojos míos, derramad torrentes de lágrimas por mi orgullo, mi sensualidad, mis impaciencias, mis injusticias, mis detracciones, y todos los pecados que han puesto al Salvador en tal exceso de humillacion y dolor. Yo soy, Dios mio, quien ha pecado, yo quien ha merecido llevar el peso

de vuestra ira, y no vuestro Hijo que es la misma inocencia. ¿Por qué pues le castigai con tanto rigor? por qué me perdonais á mí?

Temblemos alma mia, porque, en fin, si esta es la suerte de la leña verde, ¿qué sucederá á la seca? Si Jesus, el justo por excelencia, ha sido tratado con tanto rigor solo por haber tomado lo apariencia de pecador, ¿qué sucederá al culpable? Mas, ¡ay! viviendo como vivo, cometiendo diariamente tantas infidelidades, ¿no tengo motivo para temer que esa sangre derramada por mi salvacion se levante contra mí? ¡Gran Dios! ¿Cuánto no tengo que temer de vuestra justicia, cuando veo el rigor con que tratais á vuestro Hijo que jamás os ofendió? ¡Oh poderoso monarca del universo! ¿quién no temblará á la vista de vuestra justicia?

Mas tambien, ¡Dios mio! cuando pongo los ojos en vuestro Hijo inmolado por mi amor, todos mis temores se disipan, porque veo en El la prenda segura de vuestra misericordia. Sí, ¡Jesus mio! sois mi refugio y mi libertador. Vuestras manos traspasadas, vuestro Corazon abierto, vuestra sangre derramada, me están diciendo que me habeis amado demasiado para quererme perder. En Vos pongo, pues mi confianza, y no seré confundida: en Vos espero y seré salva. En vuestras manos, ¡Jesus mio! en vuestro Corazon, está mi suerte, ¿por ventura puede estar mas segura? El mismo Dios ha querido hacerse mi Salvador, y ¡já qué precio! ¡Ah! ¡espere Israel de hoy mas en el Señor! Si Dios ha entregado á su propio Hijo por nuestro amor, ¿cómo dejará de darnos con El toda suerte de bienes?

Mide, alma mia, el exceso de amor que Jesus te tiene, por la grandeza del dolor que le ves padecer. ¡Oh amor! ¿cómo es que tanto puedes sobre el Corazon de un Dios, y no puedes nada sobre el corazón de una pecadora? ¡Has podido hacer derramar lágrimas de sangre al Hijo de Dios, y no has podido sacar una lágrima de penitencia de mis ojos, ni un suspiro de mi corazón!

¡Oh! ¡cuán poderoso es, Salvador mio, vuestro amor! El es el que os hace salir al encuentro de vuestros verdugos, el que os lleva de buen grado á la muerte. Ahora es cuando cumplís lo que ya teneis dicho: *He venido á traer fuego á la tierra, y deseo que abraze todos los corazones.* ¡Oh Corazon de Jesus! arrojad sobre mí esas divinas llamas, y haced que me consuma toda. ¡Oh fuego que siempre ardes y jamás te extingués! inflama mi corazón y consúmelo, á fin de que yo sea todo amor.

Pero, ¡oh prodigio! el Todopoderoso se ha hecho débil, el impasible sufre dolores, la Majestad divina se reviste de nuestra bajeza, El Eterno se sujeta á morir, la vida misma baja al sepulcro. ¡Oh exceso de misericordia! y ¡todos estos prodigios, Señor, los obráis por mí! Pero, Dios mio, ¿quién soy yo? ¿merezco acaso una sola mirada vuestra? ¡Qué! morir el Criador por la criatura, el Señor por el esclavo, todo un Dios por mí, vil gusano.... Pasmaos, cielos, en vista de las misericordias del Señor.

Concibe si puedes alma mia, la alianza de estos dos extremos: un Dios, adorado en el cielo por los bienaventurados, y ultrajado en la tierra por los pecadores: un Dios, elevado en

el cielo sobre el trono de su infinita grandeza, y clavado aquí bajo en una cruz; inundado en el cielo de un torrente de delicias, y nadando aquí en un sudor de sangre..... Que Dios, con solo una palabra, saque de la nada al universo, detenga al sol en su carrera, calme las tempestades, resucite á los muertos, nada tiene que me sorprenda, es todopoderoso y no hay cosa que pueda resistir á su voluntad; pero lo que es verdaderamente admirable, lo que no podré comprender jamás es ver á un Dios humillado, anonadado, sufriendo, expirando y muriendo por mi amor. ¡Cuán incomprensibles son, Señor vuestros designios! no hay lengua que los pueda expresar! ni entendimiento capaz de profundizarlos; solo con el silencio los puedo alabar. Sin embargo no me contentaré con una estéril admiracion; escucharé la voz del Padre celestial que, mostrándome á su Hijo me dice: *Mira é imita al divino modelo que tienes á tu vista.*

¡Oh Jesus! abismado en el dolor á causa de mis pecados, ¡de cuántas virtudes me das ejemplo en vuestra cruel Pasion! y ¡cuán culpable no seria si no me aplicase á imitaros? lo deseo, Señor, y este es el fruto que me propongo sacar de esta oracion. Quiero, á ejemplo vuestro, hacer vuestra voluntad á expensas de la mia, perseverar en la oracion á pesar del tedio y sequedad, besar respetuosamente vuestra mano cuando me castiga, bendeciros en mis penas, combatir todo afecto que en mí pudiera disgustaros, vencerme generosamente, resistir á los movimientos rebeldes de la naturaleza, preferir la humillacion á los honores, la penitencia á la delicadeza, los

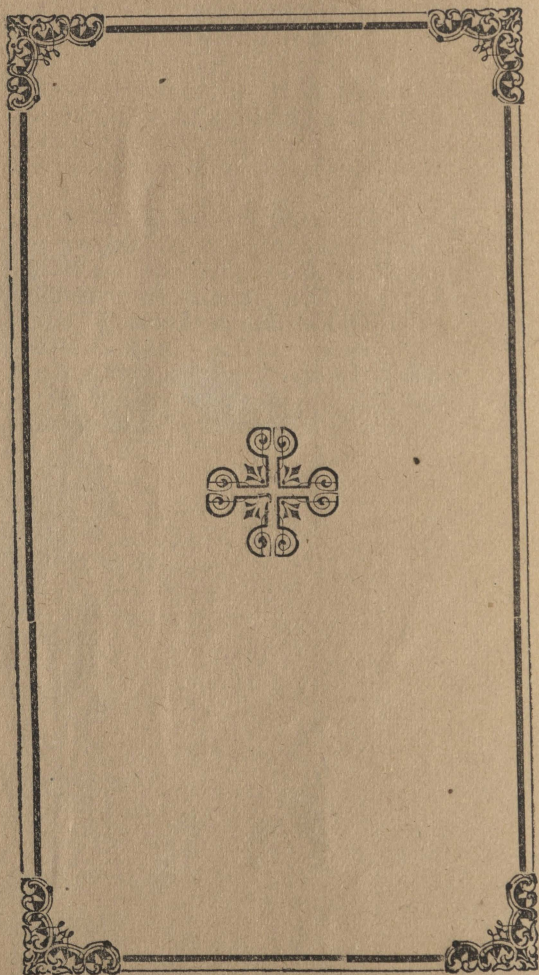
trabajos á las locas alegrías de este mundo. ¡Ah! aprenda yo, al veros, á honrar á vuestro Padre como lo merece, y á detestar y castigar el pecado. ¡Divino modelo mio! haced que os imite fielmente. Habiéndome adquirido, Salvador mio, á tan alto precio, ¿no debo ser toda vuestra? sí, y tal es el ardiente deseo de mi corazón. Entrad, pues, divino Jesus mio, entrad en este pobre corazón. ¡Oh Jesus! habeis amado tanto á los hombres, y los hombres os miran con tanta indiferencia; les habeis hecho tantos beneficios, y ellos, ingratos, no os corresponden sino con injurias; nos habeis hecho nacer en vuestra santa Iglesia, y esta Iglesia que tanto amais, es perseguida por sus propios hijos, nos habeis dejado vuestro Corazón en la sagrada Eucaristía, y este Corazón lleno de misericordia es sin cesar traspasado de saetas cada vez mas agudas; y vuestra divina persona, por tantos títulos venerable, ha llegado á ser el juguete de los impíos, y el objeto de sus blasfemias. Ya no hay fé, ya no hay piedad en el mundo. ¡Oh Jesus menospreciado! ¡oh Jesus insultado! ¡oh Jesus blasfemado! mi corazón está abismado en el dolor, mi alma se ve poseida de una tristeza mortal.

¡Ah Salvador mio! haced que florezca de nuevo vuestra santa religion, y que renazca la fé en todos los corazones. ¡Oh Sol de justicia! no ceseis jamás de iluminar á los pueblos donde ha brillado vuestra luz con tanto esplendor, enviadnos á aquel Angel que vuestro discípulo amado vió atravesar el cielo, con el Evangelio en la mano, para evangelizar á los habitantes de la tierra, y decirles: *Temed al Señor, y ren-*

didle el homenaje que le es debido: enviadnos hombres de vuestra diestra, tales como acostumbrais darlos en vuestra misericordia. Salvadnos Señor, por ese Corazon abrasado en nuestro amor.

¡Oh María! hijas vuestras somos, mostrad que sois nuestra Madre, y reconciliadnos con vuestro Hijo. Angeles tutelares de España, santos protectores de nuestra patria, venid en nuestra ayuda, preservadnos del naufragio, sed nuestros intercesores para con Dios, y pedidle que nos favorezca con su misericordia y amor.

¡Sea el Corazon de Jesus conocido, amado y adorado en todo el mundo! Amen.



James Howard Collection

circa 1882-1939

MSS.0698

Box: 1 Folder: 29

BIOGRAPHICAL DOCUMENTS - La hora santa, 1887



Copyright: Public Domain

Use: This digital copy of the work is intended to support research, teaching, and private study.

Constraints: This work may be used without prior permission.